

Pero pongamos orden al desarrollo de ambas líneas. *Los oscuros fuegos* es libro emocionante y hermoso, jalonado de noches y recuerdos que por igual nos hablan de lo recóndito, de aquello que por ser refugio personal se cree lo más próximo a uno mismo, como de lo que a nadie—incluido el poeta—pertenece. Esto posibilita un enfrentamiento constante entre la interioridad y el mundo. Y vemos así cómo la intimidad se duele al verse rodeada de lo que siéndonos ajeno hiela el caliente rumor en que nos encendíamos. De ahí que la autenticidad de la emoción se desprenda de un choque, algo así como dos máquinas de tren (nosotros y el universo) que avanzaran con progresiva velocidad en direcciones opuestas hasta que el inevitable encontronazo las destruya.

La variedad de sentimientos no tiende a la dispersión, sino que se va centrifugando. Todo confluye en un mismo hombre, a la vez que desgarrado clarificado por su confusión. El eje humano polariza esas diversas líneas, entrecruzadas y de fuerzas variables, donde se depositan los sedimentos de la poesía, que es conflictiva y nace de un planteamiento dramático, no de un raciocinio discursivo y claro. La ignorancia de todo conocimiento es la resultante virtual de este sentir apasionado y vivo:

*Mas ya no sé si el tiempo  
me ensombrece de súbito los ojos  
o si la piel ya no recuerda el hondo  
vivir. Tan solo permanezco  
en la orfandad de los instantes,  
pensándote, pensando  
en los años sombríos que descienden  
cada tarde en la luz  
de esta fiel soledad definitiva.*

La poesía de Justo Jorge Padrón enfrenta dualidades, contrapone experiencias. No nace de un tema único, sino que es pluridimensional. Y los efectos de algunos de sus versos son contenidos por la frontera de otros. Se establecen así frentes precisos: la intimidad y la exterioridad, el sentimiento y la razón, el olvido y la memoria, el fuego y la tiniebla. Y en esta guerra de barricadas entre lo constructivo o sedimentado y lo destructivo o aniquilador se produce una frecuente anulación sintética. El deseo de renovación personal y la «enemistad» que el poeta puede llegar a sentir hacia su propia persona o las experiencias de un pasado insatisfactorio explican el cambio de valor en algunas palabras. Eso hace que hasta las luces del alba se transfiguren, mediado el libro, en «oscuras horas», dejando un sabor de herrumbre y malestar, que nace, paradójicamente, con la irrupción del día:

*Prosigues calle abajo  
de espaldas a la luz que te acompaña,  
tropezando con sucios perros madrugadores,  
oyendo su salvaje algarabía  
y el toque eléctrico de gallos  
rompiendo la mañana.  
Y llegas, y abres temeroso  
la puerta que conoces,  
y encuentras de repente tu pasado,  
el familiar olor de cuanto uniste.*

Por oposición de factores es por lo que aquí se está logrando el equilibrio. A estos efectos se ha construido el libro como cuatro barajas sólidas que pretendiesen iniciar un castillo en el aire. Dos de ellas, la primera y la última, son una meditación sobre la urdimbre interna, la multiplicidad de experiencias desde la que se construye la educación de nuestro ser. Son, en consecuencia, muy frecuentes las referencias al pasado, las cicatrices iniciales y las sensaciones primerizas de tristeza o de dicha. Pasado y presente se superponen igual que los brazos de un nadador de fondo, complementando así una anécdota que nace siempre de algún chispazo emocional. Se logra así, en contrapunto con las otras dos partes, aunar aspectos disímiles, en una armonía que emerge de la contradicción entre ilusiones y hechos. La cálida humanidad de estos versos es resultante de ese conflicto entre el acontecer y el ser. Lo que a uno le pasa—que es su experiencia—y lo que uno siente—que es derivado de su entidad—son, en ambos casos, concebidos desde una integración decididamente subjetiva, manifiestamente unipersonal. Y desde esta meditación interna es como se generan en Justo Jorge Padrón los elementos convertibles en sustancia poética.

Las subdivisiones centrales del libro operan, lógicamente, como los contrafuertes que sujetan su armazón externa. Se habla en ellas de los altibajos del amor—universo sometido a mareas ascendentes y descendentes en la segunda parte—o bien sobre los meses transcurridos en disciplina militar (tercera parte). En ambos casos, la sensibilidad sufre un proceso en donde se erosiona cualquier legado de esperanza por efecto de los resultados negativos. Pero si en relación con los aspectos amorosos hay flujos y reflujos—hay vivencias y olvidos, fuegos y oscuridades—, la parte tercera es unánimemente condenatoria, como expresa la cita inicial de Cesare Pavese: «No hay nada más amargo/que la inutilidad», y que sirve para ilustrar, como el poema que copiamos, la sensación que en el autor de *Los oscuros fuegos* produjo el obligatorio servicio de las armas:

## PAVOROSAS SOMBRAS

*La corneta  
como un puño de frío  
nos despoja del sueño.  
Perfiles macilentos  
del miedo se recortan  
en la titubeante luz del alba.  
Y corren, corren  
las pavorosas sombras  
al cónclave ordenado.  
Rostros de bastío,  
de silencio, forman  
oscuras filas.  
Y ninguna voz  
rompe el hilo del viento,  
sólo un chirriar de platos,  
de marmitas, otorga  
su triste son a un día  
que nació ya sin horizontes.*

El baldío tiempo vivido en esa indiferencia de los uniformes, bajo esa «parda lobo» que amenaza más que con llanto y con penalidades, con la rutina y la monotonía disciplinar, es rechazado por el poeta no como una fuerza destructora (que mientras irrumpe es algo vivo), sino como una vida que se apaga. Y difícil nos sería encontrar fuerzas de menos intensidad que las que así se describen, ahogadas de reglamentos y órdenes inútiles. Es razonable, en ese contexto, que las pasiones y los usos de la inteligencia o la imaginación se aniquilen en el anonimato de esa gimnasia de la desesperanza.

Hay, pues, dos zonas del libro en que el poeta se posee y habla de sí mismo (la primera y la cuarta) y otras dos (las centrales) en que su conciencia de la individualidad no resulta tan obvia, porque el poeta no se posee: es poseído por el amor de un ser querido o por la fuerza de un ente colectivo sin que la voluntad personal—en la medida en que el amor o el servicio patrio son una anulación—consiga dominar su circunstancia. Por eso en estas partes la llamada es más sorda, menos serena y vital, porque la lucidez tropieza contra el muro de la propia desposesión.

La unión de la primera y de la última zona del libro en una temática común es un acierto en este compendio de complementaciones. El equilibrio de lo concreto está definido y delimitado por lo abstracto—y no al revés, como el materialismo reductivo cree—, de modo que puede afirmarse que las preocupaciones de Justo Jorge Padrón son *esenciales*: tiempo, amor, fe, memoria, olvido y muerte. Aunque debe advertirse

que estas esencias no son involutivas en el marco de *Los oscuros fuegos*. No están cerradas sobre sí mismas, sino confrontadas en un vivir cotidiano que las anima de una movilidad exultante, lo mismo que una respiración, que con sólo dos movimientos repetidos da réplica permanente a su existencia.

Así es como podemos encontrar, junto al trasfondo teórico, las presencias emotivas que hacen de cada poema de *Los oscuros fuegos* un alambique de poesía y de interpretación del dolor humano.

La vivencia rehumanizadora se instala sobre lo abstracto combinándolo perpetuamente con la práctica del vivir. Los acontecimientos tienen tal importancia—ya hemos dicho que se trata de poesía de experiencia—que sólo a través de ellos se edifica la construcción del pensamiento. Y este ir de lo particular a lo general hace que fuente y cántaro establezcan un diálogo que si ha de quebrarse será, sin duda, en el camino, pero no en las despensas de la casa.

Quizá por esto la poesía de Justo Jorge Padrón está dotada de una difícil cualidad: es amena. No se trata de que divierta, sino de que atrae. *Sabe pensar mientras actúa*. Cualidad ésta ignorada por muchos y hasta excelentes poetas que se mueven en el campo exclusivo de la teoría, y en donde es tan posible gozar el placer de sus guisos, abundantemente densos, como sufrir su indigestión.

Pero quiero aclarar que esta manera de sugerir los hechos no equivale a falta de hondura, sino a diversidad de registros. El asunto de los poemas y su tratamiento es lo que cambia. No así el enfoque del libro, que es unitario. La gravedad del tono elegíaco y la altura de su meditación hacen que estos fuegos oscuros—que tantas cosas clarifican insospechadamente—estén lejos de ser los movedizos fuegos fatuos con los que uno se aterra, pero que ni calientan ni dan luz.

La sencillez del lenguaje, la serenidad del ritmo y su fluidez musical son otras ayudas complementarias en esta importante y honda radiografía del mundo experiencial del autor. La paridad del equilibrio entre lo elevado y lo hundido, lo emergente y lo subyacente, no queda oculto así bajo caparazones innecesarios de logomaquia. La poesía de Justo Jorge Padrón aparece desde este primer momento como nacida de su necesidad, sobrándole los aderezos envolventes. Lo que se comunica en ella es un ser que, por excesivo que parezca, es siempre imprescindible. De ahí que en este libro, donde la participación al lector es tan abierta como íntima, hayan llegado a iluminarse hasta los fuegos más oscuros.